

VIII

Preciso es confesar que en Lourdes se vive en una extraña temperatura de alma; esto es como una estufa de la devoción. El ininterrumpido vocerío de los Ave, el continuo vaivén de la multitud, el permanente espectáculo de gente que sufre y de gente que se divierte, comiendo y bebiendo sobre la hierba, acaban por atontaros. Vive uno en un medio que carece de proporciones; en Lourdes sólo hay: dolores sin consuelo y goces sin límites. Al cabo de quince días de semejante régimen está uno maduro; ya no se rebela contra el medio ambiente; es más, ayuda uno mismo, sin darse cuenta, á desarrollarlo, y el primer resultado de ese abandono de la propia personalidad es el desinterés absoluto por cuanto ocurre en el resto del universo. Ya pueden los pueblos exterminarse y fallecer el Presidente de la República Francesa: poco importa. Sólo Lourdes existe; ninguna razón de

ser tienen los diarios; nadie los compra; una hoja que venden en la explanada los sustituye todos: el *Diario de la Gruta*; cada cual quiere saber cuántos milagros hubo la víspera, y, fuera de este asunto, nada significan los demás. Una nota de la oficina de Comprobaciones, inserta en dicho diario, avisa al público que los anuncios de curaciones son prematuros, que hay que esperar á que se vea claramente la verdad: como si no, ningún lector hace caso de semejantes reservas; para él, todo individuo que entra en el despacho del Dr. Boissarie ó que sale de él tiene, por fuerza, que ser un miraculado; nótese que los sacerdotes dan ciento y raya á los simples fieles en eso de ver milagros en todas partes; á algunos he visto precipitarse sobre mujeres á quienes sacaban de la clínica médica, pretendiendo que estaban curadas, para hacerles tocar sus rosarios: ; y resultaba después que aquellas supuestas miraculadas eran simples histéricas! — ¿Cómo entenderse con gentes de mentalidad semejante? Y se forjan leyendas repentinas de prodigios extraordinarios que no han podido ser comprobados, por haberse producido en el momento mismo de subir al tren los peregrinos...; los detalles se hinchan, se deforman, se hacen borrosos, imposibles, á medida que van pasando de boca en boca; no tarda en quedar rota la valla de buen sentido que la clínica trata de oponer á semejantes divagaciones: ; hasta se

llega á dudar del buen deseo del Dr. Boissarie, cuando no acepta, sin titubeos, el origen milagroso de una curación! ¡Semejante estado de cosas es la derrota de la razón!

¡Bien es verdad que es muy extraño el público que aquí pulula! Los hombres son, en general, algo mejor que los que suelen componer el consejo de fábrica de las iglesias. No deja de haber, en algunos sitios, caras que parecen llenas de materia, con ojillos que culebrean detrás de un par de gafas; pero también existe un elemento joven, con rostros inteligentes; sobre todo entre los camilleros; en hombres ya de edad, que no tienen el aspecto cazarro de rezones, se nota una devoción sencilla y robusta, que realmente impresiona. ¡En cuanto á las mujeres!...

Hay aquí beatas de provincia que resultan estupendas; van y vienen, charlan, mueven ruidosamente sus rosarios; rezan como á destajo; se atracan de agua, sin tino; recorren, incansablemente, estaciones y más estaciones del vía crucis. Las devotas, que ya en las capillas de París son temibles, resultan espantosas en Lourdes. Aquí se han desencadenado desde anoche. Han visto á un obispo de unos treinta años que tiene pelos muy largos y sucios que le llegan hasta la espalda, una barba de Cristo y manos con incrustaciones azules, como las de un luchador de feria; todas se precipitan hacia él, gritando: ¡Qué hermoso! ¡Es Nuestro Señor

Jesús en persona! — y cuando corre la voz de que quizá sea un obispo de Tierra Santa, ¡el delirio!

Ya no cuentan para nada los demás prelados acechados por ellas para que las bendijeran y para besarles ellas su anillo: aquel exótico de aspecto indolente y doliente los eclipsa á todos. Acosado por las mujeres, les suelta bendiciones á porrillo, dándoles después á besar su confite de amatista, visiblemente halagado por semejante éxito. ¿Qué es, en realidad, ese gitano vestido de morado, á quien parecen mirar con desconfianza sus colegas? es un obispo, un obispo de Palestina recién llegado á Francia con objeto de reunir dinero para los sacerdotes de su diócesis; pronto comenzará la sangría entre los fieles.

Y en torno mío oigo conversaciones por el estilo: ¿dónde dice misa? ¡ah, quién pudiera recibir la comunión de su mano!

¡Vaya una idea que tienen del catolicismo esas cabezas de botijo; se imaginan que la comunión distribuida por ese joven oriental puede valer más que la dada por un simple sacerdote!

Y, una vez bendecidas y rebendecidas por aquella complaciente Ilustrísima, sitian la fuente y empiezan á vaciar vasos y más vasos de agua; después vuelven á la gruta, y hacen tocar en la parte de la roca que todos besan, bajo la estatua, no sólo rosarios y medallas, sino también

baratijas que ninguna relación tienen con los objetos del culto : ; por ejemplo, una boquilla de ámbar, que una de ellas refregaba contra la espesa capa grasienta de la piedra, sin duda para santificar los labios de su afortunado marido! Otras acuden á la red, depositando en ellas cartas, supongo que con un sello dentro para la contestación, á fin de conseguir que se entere la Virgen del contenido de la misiva.

Es evidente que en Lourdes se pone de manifiesto lo último de las heces de la devoción.

Claro es que ese género de rezonas pertenece á las capas más ininteligentes del pueblo ; mas, qué sé yo si no es preferible la vulgaridad de esas edificantes tontas, á las pretensiones de ciertas devotas de más elevada categoría, pertenecientes á la burguesía media adinerada, que padecen de una imperiosa necesidad de llamar la atención, de figurar en primera fila : semejante ostentación de fervor puede llegar á ser insoportable.

Vedlas arrastrarse de rodillas, echando ojeadas á todos lados ; vedlas rezar el rosario con los brazos en cruz, y besar la tierra. Muy natural es esto, y es cosa meritoria, cuando lo hace una persona sencilla y realmente recogida ; pero cuando las que se entregan á tales ejercicios tienen caras reparadas con pastas y pelos más ó menos naturales ; cuando van cubiertas de joyas y luciendo ropas caras, semejantes muestras de

piedad parecen sospechosas en cuanto á su veracidad. Una campesina que humildemente reza de esa manera, jamás resultará ridícula ; mas no ocurre lo mismo cuando tales alardes van acompañados de pomposas apariencias.

Además, á ninguna de esas estrepitosas devotas he visto entre las admirables enfermeras que asisten y bañan á los enfermos. Conviene tener siempre presente la heroica conducta de estas mujeres, para no indignarse demasiado contra el elemento femenino que frecuenta á Lourdes.

Hoy habrá más de ochocientos enfermos para ser bendecidos en el momento de la procesión. Seguiré el cortejo detrás del Santísimo ; lo general es que me ponga en la tribuna del órgano del Rosario. Hay en este sitio dos aberturas, en los ventanales, desde las que se abraza toda la extensión de la explanada. Domina uno la escena, y cuando ocurre que algún impedido se levanta de repente y echa á andar solo, se presencia la carrera de los camilleros que de todas partes acuden para rodear al feliz miraculado é impedir que la gente, atacada de repentina demencia, le haga trizas sus ropas, para conservarlas como reliquias. Hoy quiero ver, no el conjunto, sino los detalles de la procesión, para lo cual, á eso de las tres y media me voy á la oficina de la Hospitalidad, en donde me espera el presidente de esta sociedad ; dicha oficina está situada al lado de la del Dr. Boissarie, bajo los soportales

de la rampa que conduce á la basílica : allí, en una habitación que se parece también á un camarote de navío, es donde se halla el motor que pone en movimiento la enorme máquina de Lourdes. El señor Christophe maneja el timón y dirige el barco por entre los escollos de las olas humanas. Asegura el servicio de los camilleros, el del hospital y de los refugios, la llegada y la salida de los enfermos, por ferrocarril; á nadie se le ocurrirá pensar que, sobre todo en tiempo de peregrinaciones, semejante puesto sea lo que vulgarmente se entiende por una « canonjía ». Varias veces me he preguntado cómo, en el tumulto de su oficina invadida por directores de peregrinaciones, por gente del hospital, por curas, etc., no pierde la cabeza, sino que, sonriente y tranquilo, á todos contesta. En el momento de mi llegada está terminando de distribuir órdenes; se pone su tirante de camillero, y ya estamos fuera.

Tropezamos con la cabeza del cortejo que se está formando, y con una apiñada multitud de gente que llena los caminos del Gave. Nos abren paso y llegamos á la gruta, desde donde ha de salir la procesión.

El Santísimo, al que han ido á buscar al Rosario, es colocado sobre un altar portátil, y despide rayos en medio de aquella hoguera de cirios. Ya están aquí los obispos, los de Avignón, de Angulema, de Ayre; el joven de pelos largos, de

Palestina, y dignatarios : canónigos con mucetas y sotanas medio moradas y medio encarnadas; capuchinos con su sayo pardo; sacerdotes, ya de sobrepelliz, ya con casullas de oro; todos esperan detrás de Sus Ilustrísimas, con las que viene á juntarse el obispo benedictino de Metz, cuya sotana, de un morado con visos de color de rosa, me recuerda el traje de tafetán rosa, pero realmente rosa, que llevaba un prelado portugués, el obispo de Macao, á quien vi, el año pasado, en Londres.

Millares de eclesiásticos, millares de fieles, con un cirio en la mano, se extienden de la gruta á la explanada, á lo largo del Gave, en dos filas, precedidos de la cruz, de los monaguillos, de los suizos de la basílica, con ropa azul y guarniciones de plata.

En el centro de la procesión que parecen partir en dos, ante banderas que flotan, dos otros suizos, dos interminables varales, traídos por no sé qué diócesis — por la de Nantes, creo — llevan traje de bermellón y oro, y gigantescos bicornios dominados por un enorme penacho de catafalco, de color blanco.

Se espera la señal de la salida; sacerdotes arrodillados oran ante el Santísimo; enciendo el cirio que me traen; estafetas laicas van y vienen, de la explanada á la gruta; señores que se dan una importancia increíble desempeñan el papel de agentes de policía, tratan despótica-

mente á los sacerdotes y dan empellones á los peregrinos. ¡ Son asombrosos ! á uno le oí yo, mientras se celebraba misa en la gruta, decirle al público : Vamos á dar la santa comunión. — ¡ Ese vamos vale un mundo !

Dentro de un rato, ante el Santísimo, uno de ellos le designará al Cristo, con su quitasol blanco, que no cesa de agitar, le designará los enfermos á quienes tiene que curar, en tanto que otro indicará á los fieles, con un simulacro, que habrán de arrodillarse cuando ante ellos llegue el Santísimo. Los fieles aquí presentes son católicos, y holgaba semejante indicación.

Por fin, con el asentimiento de esos sacristas, echa á andar la procesión ; sigo á los obispos, y, detrás de mí, las escuadras de camilleros cierran la marcha.

Canta la gente algo en latín y en francés, una olla podrida compuesta del Magnificat, alternando, versículo por versículo, con esta estrofa :

¡ Virgen, esperanza nuestra,
Tiende hacia nosotros tus brazos,
Salva, salva á Francia,
No la abandones ! (Bis.)

Adelantamos poco á poco, como si estuviéramos en un ancho pasillo lleno de gente, y cuando, después de costear el río, desembocamos en la explanada, vemos, á pérdida de vista, la oleada de un mar de cabezas : la rampa, las escaleras

el terrado por encima del Rosario, las alamedas, el atrio de la basilica están atiborrados de gente.

Abundan las cofias blancas, y, de cuando en cuando, algunas sombrillas encarnadas incendian el horizonte ; la montaña del vía crucis está cubierta, sus caminos rebosan ; nadie sube ni baja, todos giran alrededor de las estaciones ; jamás hubo semejante afluencia de peregrinos y de curiosos. En la parte baja de la pendiente se enarbolan aparatos fotográficos.

El inmenso círculo de la explanada, en cuyo vacío vamos á penetrar, está limitado y formado por la valla de cochecillos de los enfermos, colocados en primer término ; detrás de los coches, sobre bancos, se hacinan los impedidos que aún pueden sentarse, y, con ellos, las enfermeras encargadas de vigilarlos ; y más lejos, á pérdida de vista, se extiende una masa compacta : el público.

La procesión, que nos precedía, nos ha dejado, para la bendición de los enfermos ; después de haber atravesado toda la explanada, se ha ido al Rosario, y se coloca en el atrio formando apretadas columnas. Contra las puertas cerradas, bajo el bajorelieve de Maniglier, se yerguen los estandartes de terciopelo anacarado y de seda blanca, bordados de oro. De una á otra punta de la fachada, una larga línea se extiende, blanca arriba y negra abajo : la línea trazada por los

sacerdotes, cuyas sobrepellices cortan las sotanas por la mitad.

Todos aquellos cirios encendidos hacen como una zarza ardiendo, en cuyo centro está la masa de clérigos; delante de ellos, en los peldaños, se halla la nube de monaguillos, con la librea azul de la Virgen, y los suizos, con sus uniformes de azul y plata, de bermellón y de oro.

Y, en el fondo de ese cuadro que por espacio de unos minutos ha permanecido inmóvil, noto movimientos: una masa parda echa á andar; veo que son los sayales de los capuchinos; viene luego la súbita explosión de las túnicas moradas y encarnadas de los canónigos, salidos de entre la doble hilera blanca y negra de los sacerdotes. El obispo de Avignón lleva el Santísimo, bajo un parasol, rodeado de sacerdotes con casulla y de ceroferarios que llevan faroles encendidos, cuyos cristales son de color rojo obscuro.

Detrás de él comenzamos á costear lentamente la valle de enfermos, y ya se angustia el corazón. ¡Ah! ¡qué caras que divagan de desconsuelo y de esperanza, qué expresiones de caras, más típicas, en semejante momento! los hay que lloran sin ruido, con la cabeza baja; otros, al contrario, alzan ojos inundados de lágrimas; voces se ahogan por falta de respiración, voces ya muertas tratan de repetir el grito potente de las invocaciones, lanzado, con toda la fuerza de

sus pulmones, por un sacerdote que se ha quedado solo en la explanada:

— ¡ Señor, aquel á quien amas está enfermo!
¡ Señor, si quieres, puedes curarme!

Y brazos se tienden hacia el Santísimo, labios tiemblan y balbucean, manos se cruzan, cayendo, después, desoladas.

El Santísimo pasa.

Una mujer, con la cabeza entre sus dedos que chorrean lágrimas, tiene tremendas sacudidas de cuerpo.

Y nada se mueve, los enfermos quedan tendidos.

En las filas de éstos reconozco á mis pobres amigos desconocidos del hospital; en el grupo de los enfermos holandeses, que abren ojos azules anegados en lágrimas, en caras demasiado blancas, linfáticas, el gnomo está hundido bajo su manta, sobre su minúscula camilla; sus facciones están rígidas, sus brazos y sus piernas, inverosímilmente flacos, están tiesos. Está dormido ó desmayado; y he ahí al chicuelo de Belley con su pierna aprisionada en un aparato. La hermana azul que lo acompaña se ha prosternado y reza el rosario; el chico mira con aire curioso, sin emoción alguna.

Y el Santísimo pasa. Cantan tres veces la estrofa « Monstra te esse Matrem » repetida por

la gente en un inmenso eco que se prolonga y retumba, repetido allá arriba por los peregrinos instalados en la montaña del vía crucis.

Y, nada, nada se mueve. Ese campo de la enfermedad que acabamos de visitar, esa cosecha doblada bajo la granizada de las enfermedades, me parecen, ¡ay! completamente perdidos. Hemos llegado á la mitad de nuestra carrera, á las gradas del Rosario, y ningún impedido ha sido proyectado sobre sus pies, sacudido por un soplo divino.

Aquí yacen, sobre camillas, los enfermos más graves; un hombre, de cara de color de hoja seca, abre los ojos: dos tizones, súbitamente encendidos, llamean en párpados de ceniza. Fija ávidamente la eustodia, — y todo se apaga: su cara, alumbrada por espacio de un segundo, se vuelve de nuevo una cara de sombra; la mujer del mal de Pott, que baña en pus, ni siquiera abre los ojos; parece estar ya fuera de la tierra; otros, igualmente, están amodorrados; la boca de una niña arroja espumarajos: acuden á limpiársela; más lejos, en la apretada hilera de los colchones, veo á la monjita blanca, á la hermana Justiniano, que parece estar muerta.

Se me angustia el corazón al verla. No sé... me parece que va á levantarse, que el cielo, por fin, va á atender á nuestras súplicas...

El Santísimo la envuelve en la cruz de su relámpago de oro. Permanece inerte y lívida...

El cura acelera las invocaciones; la ola humana las repite, semejante al rodar de un trueno:

¡ Señor, haz que vea !

¡ Señor, haz que oiga !

¡ Señor, haz que ande !

Y entonan el « Adoremus in æternum » — y, nada, nada se produce; hemos costeadado la fachada del Rosario; ahora bajamos de nuevo, por el lado izquierdo, el camino que antes subimos por el derecho.

Con voz ronca que se exaspera, el implorador clama:

— ¡ De rodillas todo el mundo y con los brazos en cruz !

¡ Y la multitud inmensa obedece; las súplicas corren como un torrente, y ningún enfermo se levanta de su camilla !

Enfermedades espantosas desfilan ante nuestra vista. Creía yo haber visto en el hospital todos los horrores posibles: ¡ ay ! aquí asoman docenas de hidrocefalos y de coréticos: entre éstos, un hombre perturbado por la parálisis agitante, cuya cabeza va y viene, sacudida como un badajo de campana, y cuyos dedos crispados hacen sin cesar el gesto de desabrocharse el chaleco; hay sobre todo seres que ponen los pelos de punta: ¿ de dónde han podido salir?...; un anciano con morro de ternera, de color de tabaco claro, lleno

de costras; una mujer cuya nariz se ha convertido en trompa de tapir, y cuyo un ojo, arrastrado por aquella presión hacia adelante, proyecta un globo blanco, sujeto por un pedúnculo; ocultas detrás de los cochecillos se ven caras en carne viva, y otras de carne ya sin vida, verdes: en una palabra, esto es un museo de horrores.

El invocador prosigue, sin descanso:

— ¡Señor, di sólo una palabra y seré sanado!

Cantan el « Parce, Domine », tres veces, y el sacerdote, con grito desesperado, alzando los brazos al cielo, vocifera:

— ¡Señor, sálvanos, que perecemos!

¡Y este grito, repetido por millares de voces, resuena con estruendoso eco por el valle!

Sigue su marcha el Santísimo, sin novedad alguna.

Acaban, unos y otros, por estar á punto de caer en la tentación; á punto están de brotar de los labios los reproches. ¿Qué hace la Virgen, cuando tan fácil le sería curar á todos esos desgraciados? ¡Hay aquí, á pesar de cuanto pueda disgustarla, hay aquí tanta Fe, tantas súplicas, tanta caridad, tantos esfuerzos! ¿Qué más desea? ¿á qué espera?

Este sitio en el que ruge sus llamamientos el

invocador, no está sin embargo vacío. Aquí están el Cristo, María y los Angeles, aquí están, mirando, invisibles, y escuchando, silenciosos. Jesús lo ha formalmente prometido: « Allí donde dos ó tres se junten en mi nombre, allí, en medio de ellos, estaré. » ¡Y aquí estamos millares de seres, para suplicarle! — ¿Por qué no contesta? A mi mente acude en seguida el recuerdo de un cuadro que vi en Brujas: representa un juicio final; es obra de un primitivo de Flandes, Jan Provost: el Cristo, rodeado de una corte de ángeles, tiene un aspecto terrible; su mano derecha empuña una espada, y con la izquierda enseña la herida de su corazón á la Virgen, que de rodillas le suplica que perdone á los pecadores; al gesto de implacable ira de su Hijo, contesta Ella descubriendo el seno que lo amantó; al corazón atravesado por los hombres opone Ella su pecho.

¿No os parece que esto es lo que debe de estar haciendo en este momento?

Y, no obstante, ningún enfermo se siente aliviado. Aquí, una mujer presenta, alocada, un niño cuyos ojos se revulsan en medio de una cara descompuesta, y recae sobre sus rodillas, sollozando; más lejos, un pobre hombre, ciego, está arrodillado, con su sombrero en la mano. ¡Parece pedirle á Dios una limosna, y, como á los demás, Dios, al pasar, no le da nada!

¡Ah qué angustia! ¡ah qué dolor!

El implorador se enerva; sus jaculatorias son arrojadas por una voz que va perdiendo las naturales entonaciones humanas. Ruge:

— ¡Eres el Cristo, el hijo de Dios vivo!

Y recoge lo que le queda de fuerzas, y desgarrar su pecho y su garganta lanzando esta suprema jaculatoria, después de la cual, á veces, estallan milagros:

— ¡Hosannah al Hijo de David!

El pueblo, con los brazos en cruz, clava furiosamente en el cielo este clamor de triunfo; una sensación íntima le dice que arriesga su último recurso.

Y el Santísimo Sacramento prosigue su marcha, indiferente, insensible.

Estoy descorazonado, se me quitan las ganas de rezar; hago, no obstante, un esfuerzo: pido la curación del desdichado de cara hinchada, cual cuero repujado y granujiento, de color de mosto; está ahí, tan triste, pasando las cuentas de su rosario, ocultando detrás de su cohecillo su lamentable rostro.

La procesión ha vuelto á su punto de partida; todos los enfermos han sido bendecidos; damos media vuelta, y, atravesando el claro por en medio, nos dirigimos en línea recta hacia el Rosario.

De nuevo se cantan el *Adoremus in æternum* y el *Monstra te esse Matrem*, y el obispo de Avignón se va al atrio de la iglesia; entra bajo el palio de oro que le espera y presenta á los asistentes la custodia, cuyo metal centellea. Cantan los fieles el *Tantum ergo*, y después, en medio del silencio de toda la explanada prosternada, alza el obispo la custodia y traza sobre millares de cabezas una luminosa cruz de oro.

¡Todo se acabó; van los coches y las camillas á recoger aquella carga de fragmentos humanos, y á llevarla de nuevo al hospital! Estoy triste. ¡No puedo dejar de pensar en esos desgraciados que de tan lejos han venido, que tanto han padecido en el camino, y que no han sido curados! Van á regresar á las fúnebres salas, á volver á sus camas, extenuados por tanto ajeteo. — Pero también, muy callandito me digo á mí mismo, que lo que venimos á pedirle aquí á la Virgen es una locura.... Lourdes, por decirlo así, obra al revés de lo que la Mística requiere; porque, en realidad, lo que ante la gruta deberíamos pedir, es, no la curación de nuestros males, sino su aumento; deberíamos ofrecernos en expiación de los pecados del mundo, en holocausto!

De modo que, de razonar así, Lourdes vendría á ser el centro de la cobardía humana venida para notificar á la Virgen que rehusa el admitir el *adimpleo quæ desunt passionum Christi*

de San Pablo; y, en ese caso, de lo que habría de extrañarse es de que efectuara curaciones Nuestra Señora...

Mas, en primer lugar, fuera de la especial vocación que no á todos es dada de ser víctimas reparadoras, muchos, una vez en Lourdes, se olvidan de sí mismos y solicitan la gracia de que otros más enfermos se curen en lugar de ellos; muchos, también, proponen seguir padeciendo, á cambio de conversiones. Hay entre esos remedos del ser humano, depurados por el dolor, ignorados abismos de caridad; y cuántos hay que desean la salud menos para sí que para otros: madres para poder criar á sus hijos, doncellas para tomar el hábito y servir á Dios en un claustro, religiosas para volver á su puesto, al lado de sus enfermos...

Cuántos hay que han terminado su papel propiciatorio y á quienes libra la Madre de sus tormentos; otros, que no son curados este año, lo son al siguiente, cuando cumpla el tiempo de su expiación; — algunos, que nada han conseguido en Lourdes mismo, son curados al regresar á París, como la señorita Glaser, en Nuestra Señora de las Victorias; ó en su casa, como María Luisa Louchet de Yvetot, que, en 1904, se fué de Lourdes tal como había ido, con una llaga supurante ocasionada por una operación de la apendicitis, y que se despertó una mañana en la cama, completamente curada; como Luisa

Lecuyer, que, afligida de una coxalgia de la cadera derecha, recobró la salud en septiembre de 1902, después de entrar de nuevo en el hospital de Pont-de-Veyle; y como tantos otros, que se han visto libres de sus males al volver de Lourdes.

De modo que, no hay que desesperar, nunca, puesto que suele efectuarse el milagro cuando menos lo esperaba uno.

En todo caso, no quedan desperdiciadas las molestias, á veces verdaderos tormentos, á que se resignan los enfermos para ir á Lourdes. Podría creerse que los desgraciados que se van en el mismo estado que llegaron á la gruta, están anonadados por la desesperación: lo rarísimo es que así sea, pues, á falta de alivio corporal, la Virgen concede casi siempre la paciencia y la resignación para que el desdichado soporte sus males. De una ó de otra manera, la Madre paga el viaje á los que van á visitarla.

¡Queremos razonar, y es tan limitado nuestro pobre entendimiento! ¡en Lourdes, sólo queremos algo que se palpe y que se vea! Hace un rato, cuando casi me daban tentaciones de reprocharle á Nuestra Señora el que no curase á tantos desgraciados, ciertamente que se estaba Ella ocupando de cada uno de ellos, dándole lo que más le convenía, por saber que si tal ó cual recobraba la salud, perdería con una vida relajada el ya asegurado beneficio de sus padecimientos;

por lo cual, en muchos casos, salva al alma en detrimento del cuerpo, el cual, de sanarse, tendría que recaer en la enfermedad, aunque sólo fuese una vez, para morir.

Finalmente, en estos campos cataláunicos de la tierra y del cielo, en este campo de batalla en el que no hay cadáveres sino solamente heridos, en esta lucha que entablamos, con el arma de la oración, contra un Dios que resiste, y que, por motivos que no tiene que revelarnos, rehusa rendirse, ¿qué sería del mérito de la Fe, si sólo éxitos cosecháramos?

Estas reflexiones embargan mi mente mientras sigo los cochecillos que, uno tras otro van subiendo por las alamedas para entrar en la avenida de la Gruta, y finalmente en el hospital; y me agito, comprendo que necesito aflojarme los nervios, sustraerme á una tristeza que, á pesar de mis esfuerzos, se agarra á mí y me abruma. Voy á ir á sentarme en el terrado del hotel Royal. Hay allí grupos de españoles, de belgas, de holandeses. Cada pueblo revive aquí con sus costumbres peculiares; los sacerdotes españoles fuman cigarrillos, se ríen con sus compatriotas mujeres, que se abanicán, sonriendo á la gente, tomando helados ó chocolate, separadas, por una tanda de belgas que beben cerveza y fuman puros, del grupo formado por los holandeses, que toman té ó saborean algún licor, fumando, ellos también, puros.

Me recuerda esto los barrios de la Exposición universal, los pabelloncitos en donde cada cual vive á usanza de su país, é implanta, en Francia, una reducción de su patria, un diminutivo de sus costumbres; aquí tenemos una pequeña Neerlandia contenida en unos cuantos islotes formados por sus mesas, separada, por el dique de la acera, del mar de la muchedumbre que forma oleadas en el camino; las mujeres, con cascos de oro, que llamaban la atención de los que visitaban el Campo de Marte, están representadas aquí por dos magníficos ejemplares, no ya de camareras de cervecería, sino de ricas hacendadas del Zuiderzé; han venido con el completo y lujoso atavío nacional. En Lourdes, nadie se ocupa de los demás, cada uno está como en su casa. Los holandeses se disponen á marcharse; aquí veo á los directores de su peregrinación, camareros de honor del papa, fáciles de conocer por su cintura morada, y nada hay tan simpático como la afabilidad de esos ancianos sacerdotes, con la cabeza toda blanca, de ojos francos é ingenuos, con bocas menudas; están fumando puros; todos ellos bromean paternalmente con jóvenes holandesas de boina blanca y lazo amarillo en el pecho, y con las madres de éstas, que están preparando el té, y que, para reírse á sus anchas por algún chiste, interrumpen la comenzada tarea de echar el té en las tazas. Jóvenes sacerdotes, buenos mozos, con caras límpidas, forman

círculo en torno de sus jefes y de sus ovejas, y saborean ginebra mientras fuman. Adivínase placidez de alma, ausencia de borrascas nerviosas en ese clero que vive como los fieles, que no constituye una casta aparte, una especie de parias que todo lo ignoran de la vida, cual sucede á nuestro clero, deprimido por la pusilánime educación de nuestros seminarios. Todos esos abates holandeses parecen satisfechísimos de poder lucir en la calle esa sotana que, tanto en Holanda como en los demás países protestantes, sólo en sitio privado pueden ponerse.

Pudiera pensarse, á primera vista, que esos compatriotas de Santa Lydwina carecen un poco de ascetismo; pero es preciso decirse, á renglón seguido, que dichos eclesiásticos han efectuado, desde el amanecer, un verdadero oficio de mozos de cuerda y de carreteros. Casi no hay laicos en su peregrinación; de modo que les es preciso hacer de camilleros y de bañeros; todos tienen el tirante de cuero sobre los hombros; están rendidos, y parece justo que descansen y se distraigan un poco, antes de volver, mañana, á su piadosa tarea.

Diga lo que quiera una rezona que se me quejó de tales libertades, á mí me parece muy bien esa ausencia de encogimiento, esa franqueza de modales en gentes que se consideran como hijos que desde lejos han venido para visitar á su Madre; la Virgen los recibe, en

efecto, como una madre, los dispensa de toda ceremonia, los instala cómodamente y los mimata. En casa de Ella están en su casa: ¿hay nada más natural y más sencillo?

Y, además, esos ratos pasados en el café, esas bebidas reconfortantes, son realmente útiles; de sobra lo noto yo por mí mismo, y eso que no he trabajado tanto como ellos. Estoy harto de llagas, de oraciones, de gritos; los cochecillos de enfermos siguen pasando, y ni mirarlos quiero. A lo sumo me conmueve la lamentable visión de una joven, alta, á la que, delante del hotel, sacan de su coche y llevan en brazos hasta el ascensor, para subirla hasta su cuarto. ¡Está tan desencajada, tan pálida, que haría llorar de lástima! pero, no, aparto la vista, ya no quiero ver nada; he intentado cuanto he podido por esos desgraciados, he implorado con ardor su curación. También yo pido que me dejen descansar hasta mañana.

El espectáculo que desde este terrado se presencia es más divertido, más variado que el de cualquier café de los grandes bulevares parisienses; todo el cosmopolitismo de Lourdes desfila ante nosotros, y ni siquiera se oye hablar francés. Olas humanas van, desde la carretera, á terminar en la acera. Los tranvías, cuya estación se halla frente al hotel, ruedan con ruido de hierro viejo, multiplican sus avisos los timbres, sin descanso, para que queden libres

los rieles; una oficina telegráfica, instalada provisionalmente en estos sitios, es invadida por la gente, sin parar. En torno nuestro flota un olor á polvo y á vainilla; montañeses apestan á Lourdes, todo el día, paseando paquetes de dicha substancia aromática, cuyos jugos han sido ya agotados por confiteros y perfumistas, y á la que se devuelve un remedo de vida con algunas gotas de esencia; vendedores de pieles de carnero, de tapices, de peletería, á quienes falta en la cabeza el fez de los judíos argelinos de la calle de Rívoli, de París, se escurren por entre las mesas del café y tratan de vender su mercancía á las mujeres, y, en medio del barullo de todas las lenguas, á las que se mezcla el dialecto de los Pirineos, agujerean el tímpano las notas estridentes de la zampoña de un hombre que guía un rebaño de cabras y que vende tazas de leche caliente.

Chicuelos corren, gritando: ¡el *Diario de la Gruta, con los últimos milagros!*; muchachillas, de mirada desenvuelta, tratan de sonsacar algunos céntimos á los transeuntes; religiosas cruzan, con paso rápido y con párpados medio cerrados, pasando las cuentas de su rosario; sacerdotes de provincia, franceses, miran de soslayo á sacerdotes extranjeros que fuman; un tranvía baja, atestado de mujeres: son españolas, que van camino de la estación, para tomar el tren; lanzan vivas y agitan sus

pañuelos. Las demás españolas, sentadas en el café, y que no se marcharán hasta mañana, les contestan; y las jóvenes holandesas, á quienes envían besos, se levantan, las saludan con la mano y les desean feliz viaje. Sin que unos y otros se hayan dado cuenta, una verdadera fraternidad se ha establecido entre toda esta gente, que, quizá, ni siquiera se había dirigido la palabra.

El manto de la Virgen lo cubre todo, aquí, como en los antiquísimos cuadros de « Madonnas protectoras » que representan á María, de elevada estatura, en pie, tendiendo un amplio manto de hermina sostenido por dos santas mujeres, por encima de minúsculos personajes de todas las clases sociales y de todos los países, que oran á su derecha y á su izquierda, y que, en suma, forman un solo rebaño, resguardado bajo una sola y misma tienda.